

Aldo Ferrer

LA ECONOMÍA ARGENTINA DESDE SUS ORÍGENES HASTA PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI

Prefacio a la presente edición

Las razones que motivaron la redacción de esta obra están expuestas en los prefacios de sus versiones de 1963 y 1973 y siguen vigentes.

La última fue publicada cuando se acercaban acontecimientos que, poco después, provocarían un cambio drástico de la evolución de la economía argentina. La actual, concluida a principios del 2004, incluye así el análisis de un largo y conflictivo trayecto de más de treinta años. Las etapas anteriores fueron revisadas e introducen perspectivas resultantes de mi trabajo posterior, vinculado con la globalización y con diversas cuestiones del desarrollo.

Las dos versiones anteriores concluían con una reflexión sobre el futuro, visto desde sus respectivos momentos. Es posible que, ahora, estemos conviviendo con el cierre de la etapa de la hegemonía neoliberal y en las vísperas de un nuevo trayecto, de destino todavía incierto. La parte final de la obra se destina a esta cuestión, y también a precisar el sentido que atribuyo a categorías tales como globalización, desarrollo y densidad nacional, frecuentemente empleadas en el texto.

A. F.

Buenos Aires, agosto de 2004

)))

Introducción

Este libro analiza la formación de la economía argentina en el trayecto de etapas históricas, dentro de las cuales, el sistema económico se desenvuelve y orienta conforme a pautas determinables. En el caso

argentino es posible definir, con cierta precisión, líneas divisorias que contienen estructuras y comportamientos perfectamente diferenciables.

Los trabajos de Celso Furtado sobre la economía brasileña¹ me convencieron de la utilidad de este tipo de enfoque del proceso formativo de una economía. La definición de etapas o, si se quiere, de modelos, permite al economista aplicar al conjunto de datos y de estimaciones básicas de que dispone el instrumental analítico moderno, para describir el proceso de desarrollo en términos inteligibles para el lector contemporáneo. Por otro lado, este tipo de enfoque tiene la inestimable ventaja de penetrar en profundidad en el análisis de las causas de la situación presente y de ver cómo éstas se fueron desarrollando, con el correr del tiempo, hasta llegar a la actualidad. De este modo, los problemas, cuyo análisis de corto plazo ofrece respuestas limitadas, surgen con mucha más claridad y se ubican en la perspectiva que les corresponde. Finalmente, este método obliga al economista a considerar el comportamiento de las fuerzas sociales en el proceso de desarrollo. Esta dimensión suele quedar fuera del campo de problemas que el economista aborda y, sin embargo, es indispensable incorporarla para interpretar correctamente la formación de una economía.

La primera de las etapas analizadas en esta obra abarca el período comprendido entre el siglo XVI y fines del siglo XVIII. La definimos aquí como la etapa de las *economías regionales de subsistencia*. Se caracteriza por la existencia de varios complejos económico-sociales, en las distintas regiones del país, que producían básicamente para el consumo interno y a muy bajos niveles de productividad. Esas economías regionales permanecieron ajenas a la ampliación de los mercados a través del comercio interregional e internacional.

La segunda etapa abarca desde fines del siglo XVIII hasta alrededor de 1860 y la hemos definido como la *etapa de transición*. Surge durante ese período, por primera vez en la historia del actual territorio argentino, una actividad que, en medida creciente, se fue integrando en el mercado mundial: la producción de cueros y otros productos de la ganadería. Además, liberalizado el régimen comercial español a fines del siglo XVIII y lograda la independencia en 1810, el puerto de Buenos Aires pudo aprovechar totalmente su ubicación geográfica y convertirse en el punto de intermediación del comercio exterior.

La tercera etapa, que definimos como la de la *economía primaria exportadora*, se abre en torno de 1860, cuando la Argentina comienza a incorporarse en el expansivo comercio internacional y se cierra con la crisis económica mundial de 1930. Durante este período, la expansión

¹ *Formação econômica do Brasil*. Río de Janeiro, Fundo de Cultura Econômica, 1959 y *A economia brasileira*, Río de Janeiro, A. Noite, 1954. De la obra citada en primer término existe traducción en español por el Fondo de Cultura Económica, 1962.

de las exportaciones agropecuarias, el arribo de cuantiosos contingentes migratorios y la radicación de capitales extranjeros, transformaron en pocas décadas la estructura económica y social del país.

La cuarta etapa, a la cual definimos como la de la *industrialización inconclusa*, abarca desde 1930 hasta principios de 1976. A mediados de la década de 1970 estalló el sistema político y se produjo un cambio radical en la orientación de la política económica. Estos hechos pusieron punto final a una etapa que se caracterizó por la existencia de una estructura económica y social diversificada y comparable, en algunos aspectos, a la de las economías avanzadas modernas, pero que no había logrado conformar una economía industrial moderna.

En el último período, inaugurado con el golpe de estado de marzo de 1976, se instaló el paradigma neoliberal, con una gravitación decisiva de la especulación financiera y un aumento dramático de la vulnerabilidad externa. Esta etapa registra un profundo deterioro en la tasa de crecimiento de la producción y de las condiciones sociales. Incluye, asimismo, el retorno al régimen democrático en 1983, cerrando la alternancia de gobiernos civiles y militares que se había inaugurado en 1930.

En la actualidad, principios del siglo XXI, sobre el precedente del derrumbe de la estrategia neoliberal y los cambios en el orden mundial, la Argentina vuelve a enfrentar su antiguo e irresuelto problema histórico: construir una economía viable y asumir el comando de su propio destino dentro del sistema internacional.

En tiempos de la primera (1963) y segunda (1973) versiones de esta obra, no se empleaban aún las expresiones *globalización* y *orden global*, que pretenden abarcar la extraordinarias transformaciones del sistema internacional de las últimas décadas, a las cuales he dedicado parte principal de mis publicaciones desde entonces hasta ahora.² En la introducción de aquellas ediciones se lee lo siguiente:

Los factores externos han jugado permanentemente un papel decisivo en el desarrollo del país. Por eso, al comienzo de cada parte, procuro trazar el marco dentro del cual se moverá la etapa cuyo análisis se inicia y esto lleva, necesariamente, a aportar una serie de datos y apreciaciones sobre la economía mundial de cada período.

Ahora tenemos tantas y aún más razones que en aquel entonces para vincular la evolución de la economía argentina a las transformaciones del orden mundial. En las últimas décadas, la aceleración de la

² Véase *Historia de la globalización: orígenes del orden económico mundial*, 1996; *Historia de la globalización: la revolución industrial y el Segundo Orden Mundial*, 1999; *Hechos y ficciones de la globalización*, 1997; *De Cristóbal Colón a Internet: América Latina y la globalización*, 1999 todos publicados por el Fondo de Cultura Económica.

revolución científico-tecnológica profundizó la globalización canalizada a través del comercio, las finanzas, las inversiones transnacionales y las comunicaciones. Estos hechos multiplicaron los riesgos y oportunidades que el contexto externo planteó a la Argentina a lo largo de su historia.

Las respuestas a semejantes desafíos constituyen la trama de la formación de la economía argentina y de sus problemas a principios del siglo XXI. Por lo tanto, son parte esencial del relato de esta obra y están presentes desde la concepción inicial de la misma, hace más de cuarenta años.

)))

XXI. Estructura y dinámica del sistema (fragmento)

1. Los nuevos dilemas del desarrollo

A mediados de la década de 1970, el desarrollo económico radicaba en los mismos procesos fundamentales instalados desde los inicios de la revolución industrial, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Es decir, en la generación y asimilación de los nuevos conocimientos científicos y la tecnología en la estructura productiva y el tejido social y en la puesta en marcha de la acumulación en sentido amplio. La aparición de espacios de rentabilidad atractivos para la inversión de capital y el cambio técnico en el contexto de una formación económica diversificada, integrada y compleja, seguía siendo una condición esencial del desarrollo. El estilo de inserción en el orden global resultaba así vital en cuestiones críticas como la división internacional del trabajo, las inversiones privadas directas, las finanzas y el acceso al acervo de conocimientos y tecnologías disponibles en el orden mundial. Como en el pasado, la globalización planteaba desafíos y oportunidades y las respuestas estaban esencialmente determinadas por la densidad nacional.

En el transcurso de la década de 1970, la globalización registró transformaciones profundas, que no modificaban la naturaleza de los dilemas del desarrollo en el orden mundial, pero sí planteaban problemas y posibilidades nuevas. El sistema financiero mundial estaba fuertemente integrado, las corrientes de fondos especulativos

penetraban las plazas nacionales y, en las llamadas economías emergentes, complicaban el manejo monetario de los gobiernos. Las cadenas de agregación de valor se estaban transnacionalizando en el interior de las corporaciones globales y sus filiales. La revolución informática estaba transformando la organización de la producción, las empresas y los mercados y surgían nuevas prácticas en el manejo de stocks, la terciarización (*outsourcing*), la formación de redes regionales y globales. Las nuevas tecnologías de la información, la genética y la organización y procesamiento de datos, abrían nuevas fronteras a la investigación y el desarrollo y a las relaciones entre el conocimiento científico y la producción de bienes y servicios.

Los núcleos de la acumulación se ampliaban e incorporaban las cadenas de agregación de valor en la transformación de los recursos naturales, la infraestructura de energía, transporte y comunicaciones y en multiplicidad de actividades que daban espacio, simultáneamente, para la formación de conglomerados y multiplicidad de pequeñas y medianas firmas asociadas en redes y con fuertes vinculaciones con las grandes corporaciones. La composición del comercio internacional continuaba el sendero iniciado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, con la participación creciente de los bienes y servicios de mayor contenido tecnológico y valor agregado y, en los bienes primarios, la elaboración de los mismos y la diversificación de sus fuentes de origen. Estas transformaciones profundas impulsaban cambios en los contextos institucionales y la gestión de las organizaciones de la sociedad civil, las representaciones corporativas y del Estado. La reducción de los costos de transacción y la competitividad de las firmas se convirtieron en exigencias ineludibles de la gestión empresarial.

Las nuevas tendencias de la globalización coincidieron con un cambio en las ideas dominantes en los países centrales y el abandono del keynesianismo y del Estado de bienestar. Las reglas del juego de la globalización, en el comercio, las finanzas y el acceso al conocimiento, siguieron siendo establecidas por los países dominantes y, ahora, bajo el paradigma neoliberal. Nuevamente, el centro comenzó a imponer en los países vulnerables de la periferia criterios de racionalidad funcionales a los intereses dominantes e incompatibles con el desarrollo de las economías rezagadas. El Fondo Monetario y el Banco Mundial fueron las correas de transmisión del pensamiento hegemónico del centro a la periferia. El GATT primero y luego la OMC promovieron la liberación del intercambio, en el cual prevalece la ventaja tecnológica de los países avanzados, y otras reglas, como el tratamiento de la inversión extranjera y la propiedad intelectual, con los mismos fines.

Las asimetrías crecientes en los niveles de bienestar multiplicaron las tensiones fundadas en problemas ancestrales y los fundamentalismos religiosos. Ni siquiera los Estados Unidos quedaron al margen de tales

amenazas. Los riesgos de incursionar en ese escenario conflictivo se acrecentaron como lo revelaron, por ejemplo, los ataques terroristas en la Argentina después de la participación del país en la Guerra del Golfo de 1991 y la atrocidad que tuvo lugar en Madrid el 11 de marzo de 2004. La seguridad y la paz internacionales no quedaron garantizadas con la disolución de la Unión Soviética y el fin de la guerra fría. Mientras tanto, la Argentina, América Latina y los países atrasados enfrentan sus problemas fundamentales, que se refieren esencialmente al desarrollo para zafar del atraso y erradicar la pobreza.

En los nuevos tiempos, la densidad nacional de los países resultó más importante aún que en el pasado para proporcionar respuestas a los desafíos y oportunidades de la globalización coherentes con el desarrollo. Un reducido grupo de países, notables en ese sentido, logró avances extraordinarios, como la República de Corea, la Provincia China de Taiwán y Malasia y también China, cuyo desarrollo está transformando el orden mundial. Las redes de la globalización revelan actualmente la creciente participación de estas naciones industriales emergentes, y la cuenca del Océano Pacífico surge como formidable competidor del tradicional predominio del espacio abarcado por Europa occidental y América del Norte.

2. La dinámica del modelo neoliberal

En la Argentina, a mediados de la década de 1970, el caos del gobierno peronista de Isabel Perón, el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 y la violencia culminaron en el colapso de la densidad nacional. Rotos el orden institucional y las normas de convivencia de una sociedad civilizada, comenzó un proceso de desorganización de la estructura productiva y del tejido social, el desmantelamiento de la acumulación en sentido amplio y su reemplazo por un sistema generador de rentas al margen del desarrollo, concentrador de la riqueza y del ingreso y multiplicador de los desequilibrios macroeconómicos.

Las reglas del juego formalmente instaladas en el programa del 2 de abril de 1976 conformaron las peores respuestas posibles a los desafíos y oportunidades de la globalización. En el campo de las finanzas, en lugar de consolidar los equilibrios macroeconómicos, generar ahorro y retenerlo en el proceso interno de acumulación, se produjeron déficit gigantescos en el presupuesto y el balance de pagos, se integró incondicionalmente el sistema financiero argentino en las plazas internacionales y se multiplicó, hasta culminar en el default posterior, la deuda externa. En la división internacional del trabajo, se reprimarizaron las exportaciones y aumentó la brecha en el contenido tecnológico de las importaciones y las exportaciones. La apertura del

mercado, con la sobrevaluación simultánea del tipo de cambio, sustituyó producción nacional, en los sectores de mayor contenido de valor agregado y tecnología, por importaciones. Se desmontaron así los eslabonamientos construidos en la fase previa de industrialización entre la producción de bienes y servicios y la oferta de conocimientos y bienes de capital producidos en el país. En la conducción de la economía, al instalar la programación del tipo de cambio con la *tablita*, en un mundo de tipos de cambio flotantes, se subordinaron la oferta monetaria y la política fiscal al movimiento de capitales especulativos. Los desequilibrios acumulados culminaron en un estallido inflacionario, una contracción severa de la producción y el empleo y un volumen de deuda impagable que, desde entonces, paraliza la gestión de la política económica.

El sistema emergente, sin embargo, no logró asentarse sobre un bloque de intereses económicos y políticos sólido y suficientemente estable. En definitiva, se trataba de una política ilegal e ilegítima sustentada en la fuerza de un régimen que, agobiado por la derrota de la guerra de Malvinas, la violación de los derechos humanos y las consecuencias económicas y sociales de su gestión, estaba destinado a sucumbir. El régimen pudo, sin embargo, instalar como pensamiento dominante el enfoque neoliberal, el tratamiento monetario del balance de pagos, la idea de que, en el mundo global, un país como el nuestro sólo puede ser tributario y alinearse incondicionalmente con la potencia hegemónica de turno. Es decir, la ubicación de la Argentina como país satélite dentro de la visión fundamentalista de la globalización.

Desde su inicio hasta el fin de su gobierno, el presidente Alfonsín logró avances importantes en la recuperación de la densidad nacional en los terrenos de la consolidación de la instituciones y del estado de derecho, la reparación de los agravios del pasado a los derechos fundamentales de la condición humana y la dignidad del país en el escenario internacional. En el terreno económico, sin embargo, esos años fueron un intervalo entre el primer experimento a fondo del neoliberalismo en la Argentina y su implantación, hasta sus últimas consecuencias, en otro gobierno peronista, esta vez bajo el presidente Menem, en la década de 1990.

Entonces sí el modelo neoliberal se legalizó a través del triunfo en comicios libres y sin proscripciones, asociado con uno de los dos grandes partidos populares. En el contexto de condiciones internacionales e internas propicias, el bloque de intereses favorecido por la política neoliberal se consolidó y formó alianzas sólidas que le permitieron un ejercicio irrestricto del poder durante toda la década. Que tales políticas fueran posibles y que la sociedad las tolerara y aun fueran nuevamente confirmadas en los comicios de 1995 constituyen un indicador elocuente de la magnitud de la fractura de la densidad nacional.

Las reglas del juego se fundaron en la apertura del mercado interno, la sobrevaluación del tipo de cambio, la desregulación de los mercados y de la actividad financiera, las privatizaciones, la incorporación indiscriminada de inversiones extranjeras directas, la renuncia al manejo de los instrumentos de la política económica mediante un régimen de caja de conversión, los incentivos al endeudamiento público y privado en los mercados financieros internacionales.

Sus consecuencias para el desarrollo y los equilibrios macroeconómicos fueron fatales. El proceso de acumulación en sentido amplio, inherente al desarrollo, a través de espacios difundidos de rentabilidad en la producción de bienes y servicios, fue sustituido por nichos de rentabilidad en la explotación de los recursos naturales y su cadena de valor, los hidrocarburos, las telecomunicaciones, el complejo automotor y el sector financiero. En esos sectores fue posible aplicar la tecnología avanzada, elevar la productividad y las ganancias. El resto del tejido productivo, formado por empresas medianas y pequeñas en todos los sectores productores de bienes transables y sujetos a la competencia internacional, no soportó el cambio de las reglas del juego y se desplomó, particularmente en los centros urbanos, donde estaba instalado dicho tejido emergente de la industrialización de la etapa anterior.

Los sectores en los cuales se concentró el aumento de la productividad y las ganancias tuvieron dos rasgos principales: la presencia dominante de filiales de empresas extranjeras y la concentración de la producción en un número reducido de firmas. Al final de la década de 1990, la economía argentina era probablemente la más extranjerizada, además de la más endeudada, del mundo. El petróleo y el gas, la electricidad, las telecomunicaciones, las redes comerciales, los bancos, las agroindustrias, la industria automotriz, eran propiedad de no residentes o estaban operados por éstos. En la producción agraria, que experimentó un fuerte crecimiento por las innovaciones tecnológicas (ligadas con la siembra directa, las semillas transgénicas, los agroquímicos, la maquinaria agrícola de control numérico), la producción misma siguió en manos de productores residentes, pero la cadena de agregación de valor y los paquetes tecnológicos incorporaron insumos crecientemente provenientes de las importaciones o de la oferta de filiales de empresas extranjeras radicadas en el país. En consecuencia, la formación de ahorro, la capacidad de inversión y el desarrollo tecnológico fueron transferidos al poder decisorio de agentes económicos no residentes. El segundo rasgo del proceso fue la concentración de la mayor parte de la producción de los sectores líderes en un número reducido de empresas.

Las nuevas reglas del juego generaron espacios de rentabilidad y rentas especulativas en los sectores concentrados y en el área financiera, con participación dominante de la inversión extranjera

directa. Las reglas del juego respondían a políticas públicas y éstas generaron oportunidades para que sus gestores participaran en las ganancias emergentes del proceso. El Estado neoliberal fue así un campo propicio para la corrupción en magnitud desconocida hasta entonces, debido a la dimensión de los intereses en juego. El *Estado prebendario*, a través de regímenes especiales de promoción, el reparto de beneficios sociales y otros subsidios, instalado durante la etapa de la industrialización sustitutiva de importaciones quedó minimizado frente a la gigantesca creación de rentas y privilegios del Estado neoliberal.

La corrupción es un mal endémico observable en muchos países, incluso en los considerados más exitosos. En estos casos, sin embargo, los hechos de corrupción no se sustentan en la enajenación del patrimonio nacional ni en la destrucción del proceso de acumulación en sentido amplio, como sucedió en la Argentina bajo el Estado neoliberal. En aquellos casos se trataría de *corrupción endógena* al modelo de desarrollo. En el argentino se trataría de un estilo de *corrupción cipaya* asociada con la extranjerización de los núcleos fundamentales del sistema productivo, el endeudamiento extremo y la destrucción del proceso de acumulación en sentido amplio. La corrupción es un fenómeno repudiable en cualquier caso, pero sus consecuencias son mucho más graves en el contexto de estrategias como las seguidas en el caso argentino y constituyen otra manifestación de la debilidad de la densidad nacional.

A su vez, los desequilibrios macroeconómicos fueron creciendo a lo largo de la década de 1990. Las reglas del juego tendían a aumentar la doble brecha del déficit en el balance de pagos y las finanzas públicas. El primero se vio acrecentado por el aumento de las importaciones en mayor medida que las exportaciones, las transferencias para servir la deuda externa y las remisiones de las ganancias de las filiales de empresas extranjeras. El segundo, principalmente, por el aumento de la carga de los servicios de la deuda pública y privada y la reforma previsional, que transfirió ingresos del sistema previsional privado dejando en el área pública el pago de las prestaciones. Todo el sistema cambiario, monetario y financiero terminó sustentado por un incremento continuo de la deuda hasta el colapso final del sistema. En ese transcurso, el arbitraje de tasas de interés, la emisión de deuda, los canjes y megacanje generaron rentas gigantescas mientras la economía real se contraía y disminuía la inversión real en capital productivo.¹

¹ Para un análisis del proceso de endeudamiento en el contexto de la estrategia neoliberal, véase J. Schvarzer y H. Finkelstein, "La debacle de la deuda pública y el fin de la convertibilidad", (mimeo) CESP, Documento de Trabajo No. 6, Buenos Aires, febrero de 2004.

La deuda externa aumentó de 61.000 millones a 145.000 millones de dólares entre 1991 y 1999. La deuda pública representaba el 86% del total en aquel año y el 58% en el último. La deuda pública aumentó más del 60% en el período y la privada, impulsada por la diferencia de las tasa de interés internacional y la local, en casi 600%. La Argentina registró así los peores indicadores de endeudamiento de América Latina que, a su vez, era la región más endeudada del mundo. Al final de la década de 1990, la deuda representaba más de 5 veces las exportaciones frente a poco más de 2 veces del promedio de América Latina.

La relación entre intereses devengados sobre la deuda externa y el valor de las exportaciones aumentó más del 100% en el transcurso de la década de 1990. Al final de la misma superaba el 40% y sumada a las transferencias de utilidades de las filiales de empresas extranjeras, la relación superaba el 50%, más del doble del promedio de América Latina.

La evolución del comercio exterior fue coherente con la dinámica del modelo. El valor de las exportaciones aumentó más del 100%, pero el de las importaciones más del 300%. Entre 1992 y el final de la década, el balance comercial de bienes y servicios arrojó un déficit de más de 30.000 millones de dólares y la cuenta corriente del balance de pagos de 64.000 millones.

3. La fractura del proceso de acumulación

El proceso de acumulación en sentido amplio, inherente al desarrollo, no había logrado instalarse en la etapa de la economía primaria exportadora, cuando el golpe de Estado de 1930 interrumpió una de sus bases fundamentales: la estabilidad institucional. A partir de entonces se sucedieron acontecimientos que produjeron, además, fracturas en otros planos, como la acumulación de capital y conocimientos (sobre esto último, por ejemplo, las consecuencias de la intervención de las universidades en 1966), los eslabonamientos entre sectores productivos y entre regiones y la composición del comercio exterior. Después del golpe de Estado de 1976, el proceso de acumulación fue nuevamente interrumpido, abarcando desde el plano institucional hasta las principales variables económicas.

El retorno a la estabilidad institucional en 1983 fue un paso importante para iniciar el proceso de acumulación en sentido amplio. Pero en otros planos subsistieron problemas, a esa altura históricos. Los acontecimientos de la década de 1990 frustraron el despeje de procesos acumulativos esenciales y desarticulaban otros preexistentes. Observemos lo sucedido en tres campos cruciales del proceso de

acumulación: la formación de capital, la tecnología y la autonomía de gestión de las políticas públicas.

La dinámica del modelo neoliberal deprimió la acumulación de capital. La concentración de los núcleos de rentabilidad en actividades fuertemente concentradas y limitadas esencialmente a la explotación de los recursos naturales, la infraestructura y bienes y servicios no transables internacionalmente excluyó a segmentos de la economía y unidades productivas que son cruciales en la formación de una economía integrada y compleja, capaz de asimilar y difundir el progreso técnico. El espacio para la acumulación de capital productivo, el aumento de la productividad y la formación de ganancias y ahorro se redujo radicalmente. Simultáneamente, la transferencia de los núcleos de rentabilidad del modelo (petróleo, telecomunicaciones, industria agroalimentaria, etc.), a la propiedad de filiales de empresas extranjeras y no residentes, subordinó a la decisión de agentes transnacionales la inversión de los excedentes, de los cuales la mayor parte se transfirió a las matrices y sus países de origen. Según las estimaciones de FIDE (Fundación de Investigación para el Desarrollo), en la década de 1990, el 60% de las utilidades fueron remesadas al exterior. Otra parte importante de los excedentes fue transferida al exterior en concepto de pagos de intereses de la deuda privada, incurrida en gran medida para la compra de los activos de empresas privadas y públicas.

Estos hechos convergieron para agravar un problema endémico: la fuga de capitales. El dinero colocado en el exterior a cuenta de residentes en la Argentina ascendió, en la década de 1990, a una suma comparable al monto de la deuda externa. El modelo neoliberal promovió la exportación de ahorro argentino y, como contrapartida, registró la importación de deuda y la transferencia de sectores fundamentales de la economía a la propiedad de no residentes. La inestabilidad, inherente a un sistema profundamente desequilibrado, agravó las condiciones de incertidumbre y comprometió la seguridad jurídica, factores éstos que desalentaron la acumulación de capital en la economía argentina. La vulnerabilidad financiera argentina fue así de naturaleza distinta a la observable en la crisis de 1997-1998 en varios países, por otros motivos altamente exitosos en sus procesos de acumulación en sentido amplio y desarrollo, como la República de Corea y Malasia. En esos casos, la crisis fue estrictamente financiera por el descalce de las operaciones de sus bancos, tomadores de fondos en divisas y prestamistas en sus propias monedas. Al producirse la caída de las cotizaciones bursátiles y del mercado inmobiliario, se registró una crisis transitoria de insolvencia rápidamente resuelta en economías cuyas respuestas a la globalización habían sido adecuadas y contaban con sólidos equilibrios macroeconómicos.

En la Argentina, el resultado fue la baja de la tasa de acumulación de capital de la economía argentina que, de un promedio del orden del

22% del PBI entre 1930 y 1975, declinó al 15% en el período de hegemonía de la estrategia neoliberal. El problema fue agravado por la concentración de la inversión en los sectores más rentables y la descapitalización en el capital social y productivo del resto de la economía. Esto aumentó la dimensión de las brechas entre los niveles de productividad de los diversos sectores económicos, lo cual contribuye a explicar las diferencias crecientes en los niveles medios de ingresos en los distintos componentes de la fuerza de trabajo y del empleo.

Simultáneamente con esta fractura en el proceso de acumulación de capital, se produjo un deterioro en la acumulación de tecnología y en la capacidad de asimilar, adaptar, generar y difundir conocimientos en el tejido económico y social. La desarticulación entre el sistema nacional de ciencia y tecnología se produjo en dos frentes. Por un lado, la inclinación natural de las empresas extranjerizadas en sectores intensivos en el uso de tecnología, como las telecomunicaciones y la producción de combustibles y energía, de abastecerse en sus casas matrices y en sus países de origen, sustituyendo a los proveedores locales. Un ejemplo crítico se refiere a la suerte de los laboratorios de investigación y desarrollo que existían en YPF antes de su extranjerización, experiencia que merece compararse con el desarrollo tecnológico alcanzado por las empresas petroleras estatales PEMEX y Petrobras, en México y el Brasil, respectivamente. Por otro, el desmantelamiento de los departamentos de investigación y desarrollo de firmas locales por el incentivo a importar tecnologías, bienes de capital e insumos a través de la apertura y la sobrevaluación cambiaria.

Simultáneamente, la política de alineamiento incondicional con la potencia hegemónica llevó a desmantelar proyectos estratégicos, como el misilístico del Plan Cóndor, y a desactivar el desarrollo de la energía nuclear con la paralización de la conclusión de la tercera central (Atucha II) y el desfinanciamiento de la Comisión Nacional de Energía Atómica.

Estos hechos fracturaron el proceso de acumulación tecnológica por dos vías principales. Por un lado, a través del desmantelamiento de la capacidad productiva interna de máquinas herramientas y otros bienes de capital, que constituyen la principal correa de transmisión entre la tecnología y el sistema productivo y de incorporación de conocimientos en el propio acervo. Por otro, al reducir la demanda de tecnologías y personal calificado generado por el sistema nacional de ciencia y tecnología, se produjo el desmantelamiento de laboratorios y centros de investigación y desarrollo y la fuga de cerebros al exterior o a ocupaciones en actividades locales en las cuales son inaplicables las capacidades adquiridas.

Por último, el peso creciente de la deuda externa generó un desequilibrio crónico que subordinó al país a negociaciones continuas,

renovadas e interminables con el FMI y los acreedores. Las condicionalidades inherentes a los acuerdos con el Fondo y a las expectativas de los mercados para acceder al financiamiento voluntario de los mismos subordinaron la política económica al pensamiento céntrico y a la ideología neoliberal profesada por los grupos hegemónicos en el espacio interno. El Consenso de Washington se articuló así con una estrategia de renuncia a la capacidad de conducir la política cambiaria, monetaria y fiscal, proceso que llegó a su culminación con el Plan de Convertibilidad y la reforma de la carta orgánica del Banco Central. En la década de 1990, se desmantelaron instrumentos esenciales de la conducción económica, tales como, por ejemplo, los institutos reguladores de sectores claves como la producción agropecuaria. En el mundo global, uno de los requisitos del proceso de acumulación en sentido amplio es el de ejercer una autonomía suficiente en la conducción de la política económica para dar respuestas a los desafíos y oportunidades de la globalización determinadas por el interés nacional. El modelo neoliberal hizo exactamente lo contrario y, en el contexto de crecientes desequilibrios macroeconómicos, subordinó al país a fuerzas incontrolables, demolió la seguridad jurídica y el régimen de contratos, multiplicando la inseguridad y la incertidumbre, factor desencadenante, a su vez, de la fuga de capitales.